

PROCESO A UN PUBLICO

SAN SEBASTIAN 69

un festival sin entusiasmo

Por CESAR SANTOS FONTENLA

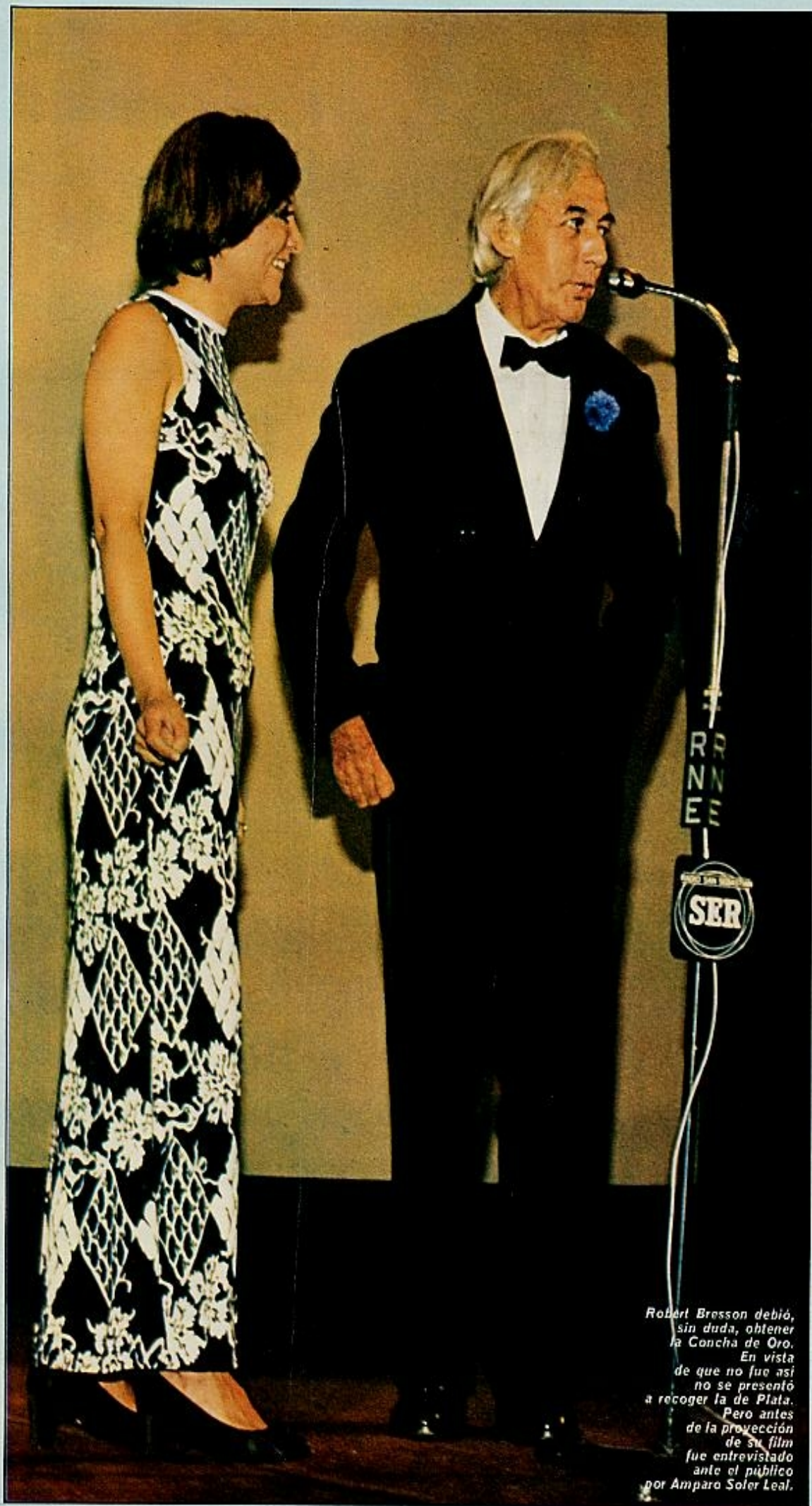
El Palmarés de este año ha sido, quizá, aunque no faltaran las protestas, el menos "contestado" no sólo de los últimos años de San Sebastián, sino también de otros Festivales. En realidad, como en el último Cannes, no había mucho donde elegir, y si bien pudiera haberse intercambiado el orden de los premios, no es menos cierto que, con excepción de la ausencia injustificada de "La broma", los títulos que figuraban entre los premiados —me refiero a las películas, no a los actores— lo hacían con méritos para ello. Ahora bien, si el Palmarés no fue "contestado" sí lo fue, grotescamente, el atuendo de los españoles que salieron a recoger el premio a "Los desafíos", especialmente el de José Luis Egea, director del segundo de los "sketches" que componen el film, que fue groseramente insultado por presentarse con un jersey rojo de cuello alto y un pantalón. Los insultos, que comenzaron cuando el realizador se encontraba en el escenario, se repitieron cuando, en la cena de clausura, el mismo equipo se acercó a recoger el Premio de la Juventud, segundo —no oficial éste— que recibió su film. ¿Hasta cuándo van a admitirse estas pruebas de patanería y hortez? ¿Hasta cuándo un Festival de cine va a seguir siendo una reunión de sociedad



Dos películas españolas en el Festival, ambas importantes y una de ellas premiada. Sobre estas líneas, Vicente Aranda, Capucine y Teresa Gimpera, director e intérpretes de «El cadáver exquisito», a la salida de la proyección de su film. A la derecha, el equipo de «Los desafíos» después de obtener la Concha de Plata: Dean Selmier, Víctor Erice, José Luis Egea, Luis Suárez, Claudio Guerin, Daisy Granados, Julia Peña y Ellas Querejeta.





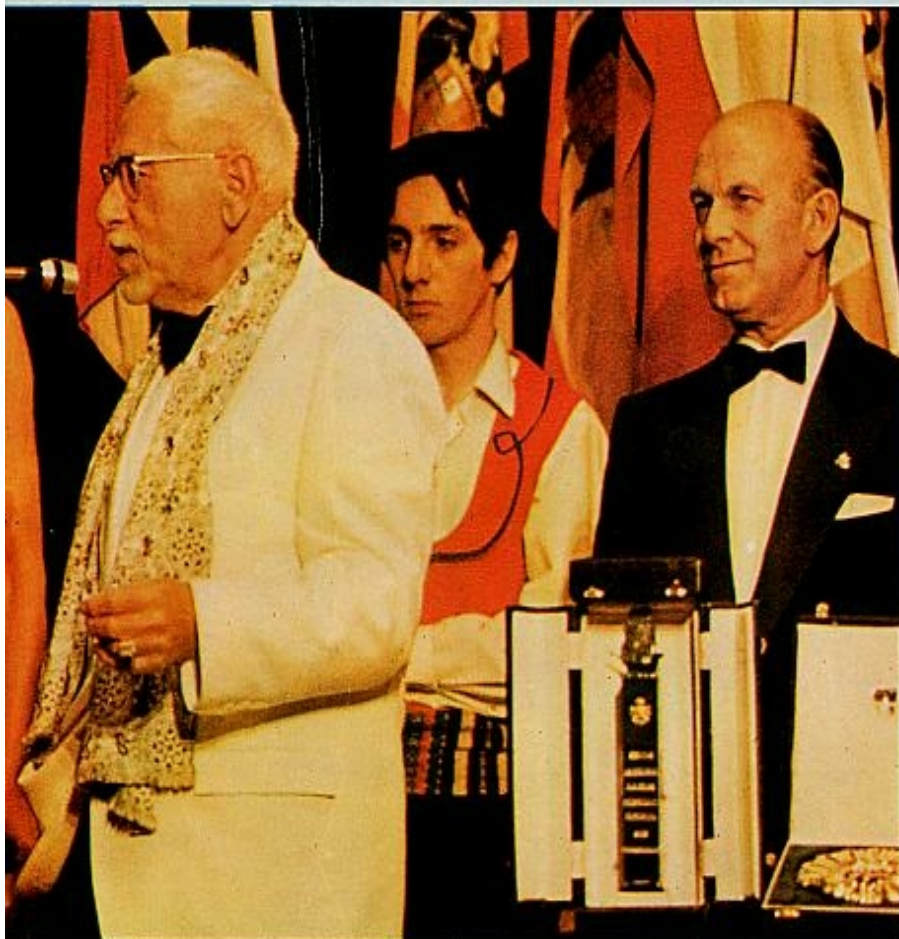


*Josef Von Sternberg, presidente del
querida del genial realizador, Laura*

*En la sesión de clausura se proyec
Karamazofu, de Dostolevsky, rea*



*Robert Bresson debió,
sin duda, obtener
la Concha de Oro.
En vista
de que no fue así
no se presentó
a recoger la de Plata.
Pero antes
de la proyección
de su film
fue entrevistado
ante el público
por Amparo Soler Leal.*



Jurado, dirigió unas palabras a los no premiados después de conocerse el fallo. A la izquierda, Valenzuela, presentadora del acto, y a su derecha, Miguel de Echarrí, director del certamen.



Ludmilla Tchoursina obtuvo, «ex aequo» con Stefania Sandrelli, el premio a la mejor actriz por su labor en «Cigüeñita».

tó, fuera de concurso, una larguísima y maciza adaptación soviética de «Los hermanos lízida por Ivan Pyrev, que murió durante el rodaje y cuya viuda es protagonista del film.

El film «Pierre et Paul», de René Allio, no figuró en el palmarés. En la foto, su protagonista femenina, Bulle Ogler.



Un sol para todos... ¡y otro para usted!*

Otro sol (aunque sea el mismo, el único), por su otra manera de broncear... con antisol WELLA. El antisol nuevo que le dará otro bronceado, para que usted "vista" otra piel, distinta, dorada, entre señorial y salvaje... pero, naturalmente, hermosa

Antisol WELLA: el protector, el instantáneo, el dorado.



**(por efecto del antisol WELLA)*



en que lo que menos interesa son las películas? Del nivel del público que asiste a las sesiones «de gala» de San Sebastián —y si hablo del de San Sebastián es porque es el Festival que justifica estas líneas, pero el de Cannes no es mucho mejor— da idea el hecho de que la película más aplaudida al final de su proyección fuera «The Italian Job», obra vulgar, soez en ocasiones —ésta sí, y no otras que fueron calificadas de tales— y realizada a la mayor gloria y prez de una fábrica de automóviles, por otra parte, excelentes.

Pero pasemos a lo que realmente interesa. Como ya decía en mi primer envío, el certamen ha estado dominado por la obra de Sternberg, a la que se dedicó la sección retrospectiva, sección a la que evidentemente no se dignó asistir ninguno de los que tan airadamente insultaron a los cineastas no portadores de smoking. Si se trataba de exquisitez, hay que decir que quizá ninguna obra tan exquisita como la de Sternberg exista en la historia del cine, y si se trataba de una fijación vestimentaria puede asegurarse que jamás en la pantalla aparecieron atuendos tan fascinantes como los concebidos por Travis Banton para Marlene Dietrich. Pero, evidentemente, no se trataba de ninguna de las dos cosas, y menos aún de cine. Al margen de Sternberg, de cuya fabulosa personalidad humana me ocuparé en un número próximo, y al margen también de una sección informativa un tanto exigua, pero en la que se exhibieron títulos importantes —«If», «Crónica de Anna Magdalena Bach», «Silencio y grito», «Mister Freedom»— y de una sesión dedicada a la Escuela Oficial de Cine a la que se privó del interés que hubiera podido tener como elemento de conocimiento de los trabajos de la última promoción al proyectarse sólo tres de las seis películas aprobadas, queda el concurso. Un concurso en el que han figurado obras en su mayoría mediocres, aunque no carentes de interés por una u otra razón, aparte la ya citada.

De los films españoles en concurso hablaba en el número anterior, y dejaba dicho que me ocuparía de ellos con ocasión de su estreno, que hay que desear rápido. De los proyectados después del primer envío, y de todo el certamen, hay que destacar en primer lugar «Une femme douce», de Bresson, que debió, sin duda alguna, obtener la Concha de Oro, y nunca compartir un segundo premio. El realizador, ante la decisión del Jurado, optó por no subir a recoger el premio —se encontraba en San Sebastián—, haciéndolo en su lugar el director de la distribuidora que explota la película. «Une femme douce» es uno de los mejores films de su autor y el primero en el que emplea el color. Se trata de una adaptación muy libre de una novela corta de Dostoyevsky, vista a través de la particularísima personalidad del autor de «Mouchette». Una muchacha



SAN SEBASTIAN 69

La Concha de Oro le fue otorgada a «The rain people», un film de Francis Ford Coppola, joven realizador americano de quien en España conocemos «Ya eres un gran chico» y «El valle del arco iris». James Caan y Shirley Knight son sus protagonistas.

«Une femme douce», de Bresson, es la versión libérrima de una novela corta de Dostoyevsky. Como es costumbre del realizador, sus intérpretes son actores no profesionales: Dominique Sanda y Guy Frangin.



muy joven —todas las heroínas de sus últimos films lo son— se suicida. Ante su lecho de muerte, su marido, un hombre vulgar y sin imaginación, rememora su vida en común, una vida hecha de incomunicación y hastío. Esto es todo. Como todas las de su autor, la película es fría, lenta, monótona. Los actores, no profesionales como es costumbre en Bresson, actúan en un estado de fijación, casi de catalepsia. Recitan sus diálogos, que pudieran calificarse de monólogos al no tener las frases destinatario real, en un tono neutro. Por si no queda bastante claro que se trata de una necesidad del realizador, la protagonista lee un fragmento del

«Hamlet» shakespeariano —acaba de ver una representación de la obra— en el que se explica cómo deben actuar los actores. Todo en el film está medido al milímetro, elaborado al máximo, sin dejar el menor margen al azar. Puede discutirse el concepto que Bresson tiene del cine —en toda ocasión declara que para él el cine no es un espectáculo—, pero de lo que no cabe duda es de que, a partir de los postulados que le son propios, «Une femme douce» es una obra maestra, que pasó ante la indiferencia del público donostiarra, como el año pasado lo hiciera la única obra maestra del certamen, el «Je t'aime, je t'aime» de Resnais.

«The rain people», de Francis Ford Coppola, proyectado el último día, se alzó con la Concha de Oro. Muy discutido, el film tiene atractivos ciertos. Por su temática y sus imágenes, remite a esa gran tradición de la novela y el cine americanos de los años treinta que se ha convertido en algo entrañable, casi mítico. La poesía del viaje, la fascinación de los grandes espacios son los elementos principales de la estética del film. La historia interesa menos. Se trata de un pretexto para que la protagonista se encuentre con un serie de personajes marginales y marginados que ni ella acabará de comprender ni ellos la comprenderán

El irresistible Lucky

Mas. S.A.



la línea de perfumería virilmente fresca

ILCSA



a ella. Al final regresará con su marido, al que ha abandonado al saberse encinta. Pero su acto no será un acto moral, sino la asunción de una frustración, de un fracaso, de una impotencia. De Ford Coppola, un realizador joven, conocemos en España «Ya eres un gran chico» y «El valle del arco iris». En «The rain people», como en el último de los films citados, se observa una gran influencia, casi una obsesión por la novalística de Steinbeck y Caldwell —si en «El valle...» se remite a «Tobacco Road», del segundo, en «The rain people» abundan las referencias a «Of mice and men», del primero— sin que pueda hablarse de mimetismo. Lástima que en su parte final el film baje de tono, se haga al propio tiempo melodramático y pretencioso. De lo contrario podría haberse tratado de una obra auténticamente importante. A destacar, por último, la espléndida interpretación de Shirley Knight y James Caan.

Entre los films no premiados, y una vez señalada la injusta exclusión de «La broma» del Palmarés, hay que hacer referencia a la decepción del «Laughter in the dark» de Richardson, que a partir de una obra de Nabokov construye un relato increíble, desprovisto de la más mínima fantasía, en el que ni siquiera se llega a ese absoluto y con frecuencia apasionante «mal gusto» que da su sentido a obras como «The loved one». «Una machia rosa», del italiano Enzo Muzzi, es un producto de moda, con música india, fotógrafo, pseudoerotismo, droga y angustia gratuita, de una cargante pedantería y de un estetismo pretendidamente «in». En cuanto a aquellos films a los que hacía referencia sólo de pasada en mi primer artículo, sólo sobre algunos vale la pena volver. «Una isla en la tierra», de la húngara Judit Elek, había sido exhibido en la Semana de la Crítica de Cannes. Se trata del retrato de una anciana que debe cambiar de vivienda y se encuentra consciente frente a su soledad. Obra sensible, espléndidamente realizada, peca de morosidad excesiva, de excesiva recreación en los tiempos muertos. Es, sin embargo, obra más que estimable a pesar del desasosiego que produce. «L'amante di Gramigna», de Carlo Lizzani —que fue uno de los grandes hombres del neorealismo épico—, pudo ser un film muy atractivo, pero el exceso de concesiones reduce extraordinariamente su alcance. Inspirado en una novela de Verga, se inclina más hacia la espectacularidad y hacia la violencia del «spaghetti western» que hacia el romanticismo exacerbado que el tema pedía como tratamiento. Un afán de «hacer moderno», un exceso de trucos fotográficos hacen del film algo que



El británico Nicol Williamson fue premiado como el mejor actor por su intervención en «Laughter in the dark», un film de Tony Richardson inspirado en un relato de Vladimir Nabokov que defraudó a todo el mundo.



Stefania Sandrelli compartió con Ludmilla Tchoursina el premio a la mejor actriz, por su trabajo en «L'amante di Gramigna». Ausente de San Sebastián, recogió su galardón Emma Penella. Quedó claro que los aplausos eran para la española Emma y las protestas para la italiana Stefania.

busca con exceso el halago al espectador. «Eskarabea», del alemán Hans-Jürgen Syberberg, es un intento fallido de adaptación de una novela de Tolstoi a nuestros días, situando su acción en una Cerdeña con la que se enfrenta un especulador alemán ansioso de dominio. Parábola, hasta cierto punto, sobre el imperialismo alemán, la acumulación de símbolos y un a veces gratuito afán de chocar hacen que en último término la obra resulte confusa, desordenada, pero curiosa precisamente en función de ello. Nada puede decirse de «Changes», el otro film americano en concurso, enésima mixtura de «Un hombre y una mujer» con todos los tópicos del «género». Si es interesante, en cambio, «Pierre et Paul», de René Allio, lúcido intento de desmitificación de un francés medio y de denuncia de la sociedad de consumo, que alcanza sus mejores momentos cuando, superando planteamientos naturalistas, adquiere un tono de juego siniestro, de gran guiñol monstruoso basado en elementos absolutamente cotidianos. Allio, que antes fue hombre de teatro junto al gran Roger Planchon, realiza con este su tercer film y se confirma como uno de los más esperanzadores realizadores franceses, aunque aún debe superar esta primera etapa que se abrió con «La vieille dame indigne». Quedan tres películas del Este: «Dos en soledad», del polaco Stanislaw Rozewicz, clásico film medio centro-europeo, digno, honesto, correcto y carente de interés; «Padre y madre», del yugoslavo Kreso Golik, lamentable obra moralizante, y «Cigüfita», del soviético Nikolai Moskalenko, desarmante y hasta enternecedor a fuerza de ingenuidad y almacenamiento de buenos sentimientos, en el que lo mejor es el sentido del humor que aparece en el tratamiento de ciertos personajes.

Balanza, como se ve, no excesivamente optimista, aunque tampoco espeluznante. Balance en el que el común denominador es, salvo excepciones, la mediocridad. Una mediocridad debida a diversos factores, unos relativos a imponderables burocráticos, otros a falta de imaginación del comité de selección, otros, posiblemente, al temor a la reacción de un público, y también de una crítica, que salta ante cualquier audacia, ante cualquier cosa que rompa con la rutina, trátese del afán de provocación de un Syberberg o del ascetismo de un Bresson. Lo que, en último término, lleva, como siempre, a replantearse la validez de los Festivales mientras vayan dirigidos, como es el caso, a una burguesía inmovilista y rutinaria. ■ C. S. F. Fotos: MARTINEZ PARRA.